

Los ribereños del Nilo eran grandes consumidores de cobre, que les suministraba la península del Sinai, desde una antigüedad muy remota—a lo menos siete mil años—y las excavaciones nos han revelado que en las mismas épocas los artesanos empleaban todavía los sílex¹. Después aprendieron a mezclar el cobre y el estaño en proporciones muy diferentes para la fa-

Leyenda del mapa n.º 145

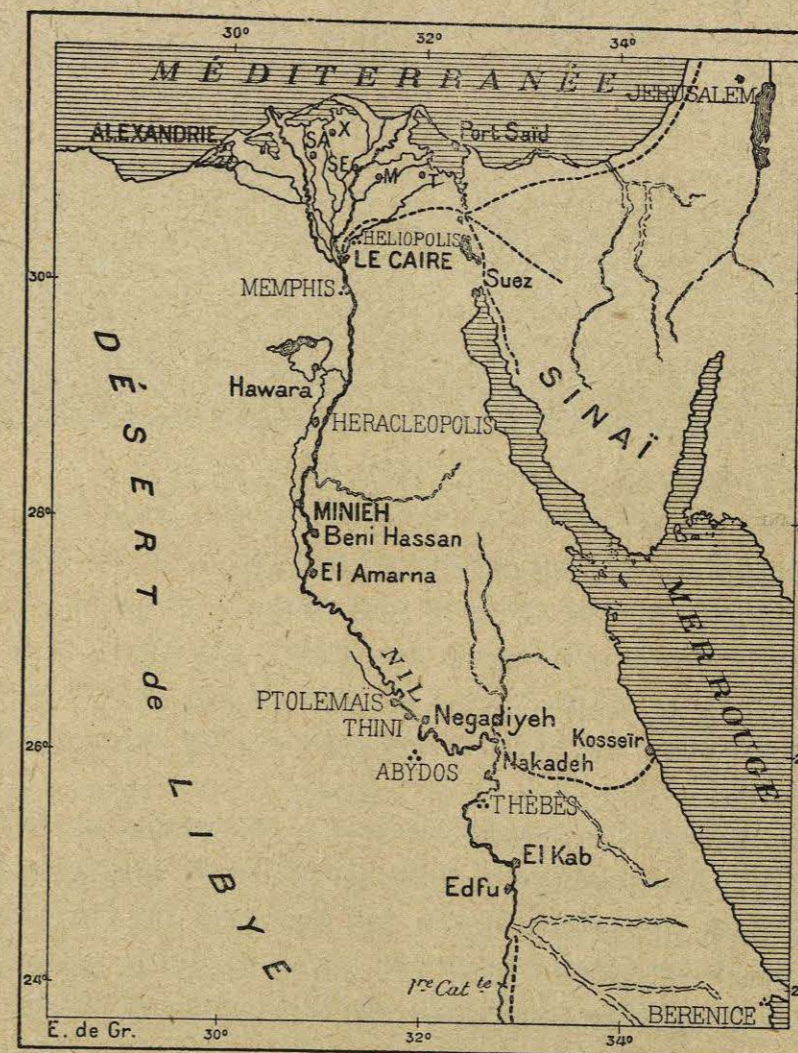
THINI, capital de la 1.^a y 2.^a dinastías; tumbas en Abydos.
 MENFIS, anterior quizá a Thini; capital de la 3.^a y 8.^a dinastías, no desapareció sino hacia el siglo VII de la era cristiana, después de la fundación de Fostat, el antiguo Cairo, ciudad sucesora de una Babilonia griega y romana.
 HERACLEÓPOLIS, capital de la 9.^a y 10.^a dinastías.
 TEBAS, ciudad muy antigua; capital de la 11.^a a 13.^a y 17.^a a 22.^a dinastías, etc.; saqueada por Cambises, perdió poco a poco su importancia primordial.
 XOIS (X. Delta), 14.^a dinastía.
 TANIS (T. Delta), 15.^a, 16.^a y 23.^a dinastías.
 EL ARMARNA, capital de Amenhotep IV, bajo el nombre de Kuitenaten.
 SAIS (Sa Delta), 24.^a, 26.^a y 28.^a dinastías.
 MENDES (M. Delta), 29.^a dinastía.
 SEBENNITES (Se Delta), 30.^a dinastía.
 ALEXANDRÍA, fundada por Alejandro de Macedonia, capital bajo los Ptolomeos y los emperadores romanos.
 PTOLEMAIS, capital del Alto Egipto bajo los Ptolomeos.
 EL CAIRO, El Káhireh, fundada en 969 (año 358 de la hégira) por Gowher.
 Nakadeh, sobre la orilla izquierda del Nilo, y no Negadiyeh, sobre la orilla derecha, es la Nagada citada en el texto.
 Algunos kilómetros al norte de Beni Hassan (tumbas de la 12.^a dinastía) se halla Zawiet el Maietín (tumbas de la 6.^a dinastía).
 El Antinoe de Hadrien se halla también en el mismo ángulo del valle.
 Berenice era una importante ciudad comercial en la época griega.
 Hawara está identificada por W. Willcocks con Hauaru, Avaris, el último refugio de los reyes Hyksos, que los egiptólogos buscan sobre un brazo del Nilo, cerca de Tanis.

bricación de vasos, espejos y armas, y a cambiar el procedimiento de la forja con la idea de perfeccionar los instrumentos: así es como lograron dar a las hojas de puñal una elasticidad admirable². Muy pronto también, aun antes que se hiciese uso del bronce, la civilización egipcia conoció el hierro. El arqueólogo Hill ha encontrado un trozo de hierro en las obras de albañilería de la pirámide principal de Giseh: un objeto de hierro fué recogido también por Maspero en la tumba del rey Unas, que data ciertamente de más de sesenta siglos. Por último, el «Ri-

¹ Ollivier Beauregard, *En Orient, Etudes linguistiques et ethnologiques*.
² Paul Pierret, *Dictionnaire d'Archéologie égyptienne*, artículo «Bronze».

tual de los Muertos» menciona varias veces términos interpretados en el sentido de «hierro»; pero por útil que después haya llegado a ser este metal, negábanse entonces a emplearlo para

N.º 145. Capitales y Caminos



los trabajos nobles. Se le consideraba como una producción impura del suelo: según el mito antiguo, Tifón mató a Osiris con un instrumento de hierro, y la herrumbre de que se cubre el hierro al poco tiempo en el aire húmedo de la llanura nilótica no era otra cosa que la sangre del dios, que continuaba

trasudando a través del metal¹. La idea de profanación, de reprobación de parte de los dioses, se unía de tal modo al hierro, que los Egipcios ni siquiera tenían nombres para designarle directamente: se servían de una perífrasis, y sin embargo, el firmamento celeste era considerado como una bóveda de hierro y no de cristal, como lo han imaginado otros pueblos². El color del cielo ha dictado quizá a los Egipcios el uso del pigmento azul que aplicaban a los objetos de hierro en las figuras coloreadas.

Se sabe también ahora de una manera indudable que los Egipcios conocían la fabricación de la porcelana, es decir, de productos cerámicos de pasta compacta transparente. Brongniart atribuía un origen chino a todas las muestras de porcelana que se han encontrado en Egipto; pero un fragmento de estatuilla funeraria, evidentemente de fabricación local, que se ha encontrado en Sakkarah, cerca de Menfis, prueba que el autor de *Cerámica* se equivocaba. Esta estatuilla tiene inscripciones jeroglíficas, y su composición es absolutamente diferente de la de las porcelanas chinas; está coloreada en azul pálido por el cobre. Por lo demás, la pasta húmeda era poco plástica a causa de su débil contenido de arcilla y no podía convenir sino para el moldeado de objetos de forma gruesa, como lo eran las estatuillas egipcias³.

Los aluviones del Nilo, los hipogeos de las colonias ribereñas y los derrumbamientos de las rocas entregan a los investigadores objetos cada vez más numerosos que demuestran que los constructores de los edificios unían a su ciencia positiva la ayuda de obreros muy hábiles, geómetras, albañiles, escultores, fundidores, esmaltadores, pintores, cinceladores, decoradores, y sabida es cuán alta era su ambición. Hablando de los templos elevados por él, Ramsés menciona sobre todo las «piedras eternas» que elevó para las glorias de los dioses y para la suya propia.

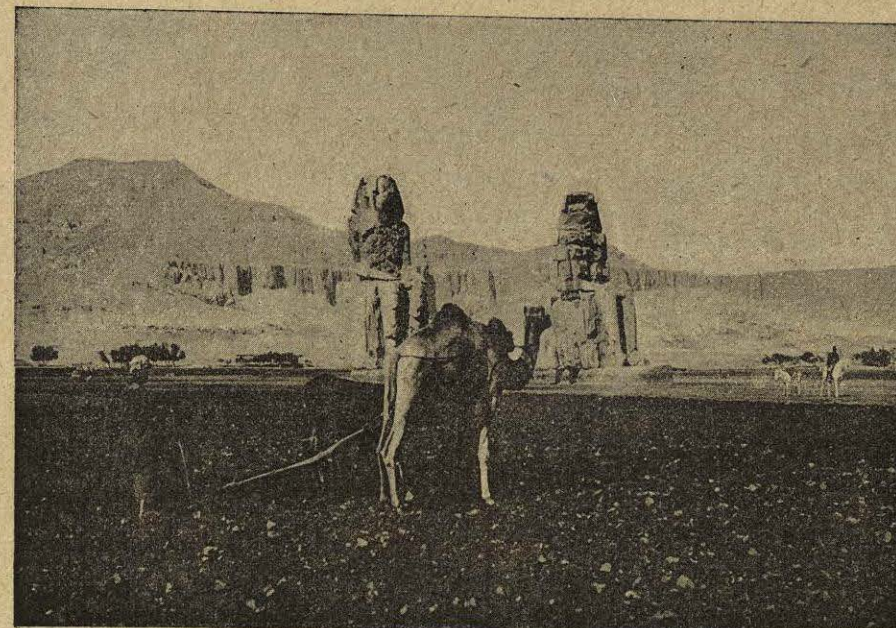
Como dice Charles Blanc⁴, un pueblo tan preocupado de la vida futura, como lo era el de Egipto, y que momificaba sus

¹ Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.

² Devéria, *Mélanges d'Archéologie égyptienne et assyrienne*, p. 9.

³ De Morgan; H. Le Chatelier, *Revue scientifique*, 1899, t. II, p. 311.

⁴ *Grammaire des Arts du Dessin*.



Cl. David Gardiner.

LABOREO EN LA LLANURA DE MEMNONIA

cadáveres en consideración a la eternidad, ante todo debía preocuparse en su arquitectura, de dar a sus monumentos amplísimo asiento para asegurar su solidez y su duración infinita: todo en esas construcciones era robusto, espeso y corto. Sin embargo, gran número de construcciones enormes han desaparecido, comenzando por el Laberinto, la ciudad funeraria fundada por Amenemhat III y que según Herodoto contenía más de tres mil cámaras. Puede uno preguntarse también con W. Willcocks, si esa vasta construcción de la cual no se reconoce más que el sitio en que estuvo situada, indicada por una aldea de ladrillos cerca de la pirámide de Hawara a la entrada del Fayum, no servía de regulador de las aguas a la entrada y a la salida del lago Moeris. En nuestros días hállanse diseminadas sobre los escombros de la piedra y de la argamasa unas casitas que ocupan una prodigiosa extensión del subsuelo. Se comprueba también que todos los templos de Karnak y de Luksor, a los cuales pueden añadirse muchos otros templos tebanos de la orilla izquierda, existirían en el espacio que cubría antes el Laberinto. Plinio refiere que, durante siglos, este edificio admirable sirvió de cantera para todo el distrito circundante: un pueblo de ex-

cavadores había fundado, pues, una verdadera ciudad al lado de las excavaciones¹.

La demolición por la mano del hombre, trabajo directamente regresivo, aunque con frecuencia indispensable, es la causa principal de la desaparición de tantas «piedras eternas» de que hablan los Antiguos. De este modo los templos de Elefantina fueron demolidos en 1822 como materiales de construcción, el arco de triunfo de Antioe suministró la piedra de cal necesaria para una azucarería, el templo de Mut fué explotado de la misma manera. Así también los buscadores de tesoros cavan bajo los pavimentos y los muros; los albañiles amontonan los fragmentos de la piedra para mezclarla con el humus y hacer de ello abonos; por último, los que hacen cal queman los escombros calcáreos. Pero de todos los iconoclastas, los más feroces fueron los sacerdotes cristianos, quienes desplegaron una rabia indescripible en romper todo, en destruir todo, en incendiar todo². La arenisca, el granito y el pórfido son los materiales que han sido más respetados. Muchos templos han sido, sin embargo, protegidos por las arenas que el viento del desierto acumuló sobre ellos, y hay aldeas modernas, humildes herederas de las ciudades antiguas, que se elevan ahora, sobre el sitio antes nivelado por la duna movediza; así es como nos ha sido conservado casi en la perfección, el maravilloso templo de Medinet Habu, cuyas inscripciones y relieves, que representan escenas religiosas, históricas y de otros géneros, constituyen una verdadera enciclopedia del antiguo Egipto.

Por grande que haya sido la obra de destrucción, no dejan por eso de quedar admirables edificios que los artistas respetuosos visitan en peregrinación. Tebas «la de las cien pilastras» y no la de las cien puertas, porque la ciudad no estaba cerrada, es una de esas ciudades santas con sus nobles paseos de esfinges, su maravillosa sala «hipostilo» cuyas ciento treinta y cuatro columnas esculpidas se elevan a 23 metros de altura, sus colosales que en otro tiempo cantaban al sol de la mañana, sus pórticos triunfales, sus tumbas misteriosas cavadas en la «Montaña del Occidente». Remontando el río detiéndense también de etapa

¹ Flinders Petrie, *Ten Years Digging in Egypt*, ps. 91 y 92.
² A. Gayet, *Coins d'Égypte ignorés*, y *Tour du Monde*.



MEDINET HABU, BAJO-RELIEVE DEL GRAN TEMPLO

en etapa para ver las obras admirables de los antepasados: la mayor parte de los viajeros piadosos hasta pasan la primera catarata para contemplar los colosales augustos del dios rey Amón y de Ramsés, tallados en la roca de arenisca roja en la pendiente de la montaña de Ibsambul. No menos curiosas que los templos y las estatuas son las canteras de granito, de pórfido y de otras rocas donde se ven todavía los colosales y los obeliscos que yacen en tierra esperando el acarreo, o hasta medio hundidos en la masa de la piedra como si, algunos minutos antes, una brusca llamada hubiera alejado los obreros.

La decadencia de la arquitectura egipcia data de los grandes siglos monárquicos de gloria y de conquista. A los templos primitivos en que las piedras son labradas con tanto esmero y unidas de una manera tan perfecta, suceden edificios que, por la medianía de la ejecución, apenas y escandalizan a los artistas modernos: se cree que los soberanos de entonces tenían prisa por ver salir de tierra los monumentos elevados a su fama, y que los constructores serviles sacrificaban todo a la aparien-

cia¹. «El orgullo marcha delante del aniquilamiento» dice la Biblia, y el reinado fastuoso de Ramsés II, conocido bajo el nombre helenizado de Sesostris, fué la señal por excelencia del retroceso en la ciencia y en las artes. Batallador, ávido de altos hechos, llevó la guerra al Asia para alejar las fronteras de su reino, y aunque no tuvo gran éxito en sus empresas, hizo cantar de tal modo sus alabanzas, ordenar la construcción de tantas pilastras conmemorativas, la erección de tantas estatuas colosales, la renovación en su provecho de tantos monumentos anteriores, que acabó por «engañar a la historia»² y que los escritores griegos le describieran, en efecto, como el más grande de los reyes. Según sus propios escritos, quedó en medio de la multitud de los guerreros Héteos, abandonado de sus propios soldados, y encontrándose rodeado por 2.500 carros, por «millones de enemigos», él «solo», triunfó, sin embargo, por la fuerza de su brazo. Pero sus verdaderas hazañas consistieron sobre todo en hacer capturar cada año entre los pueblos negros de la Etiopía miles de esclavos y en encadenarlos para el trabajo de las canteras. Bajo su férula, el país empobreció, el hambre asoló los campos, y por último, el arte desapareció con la libertad civil: después de Sesostris, las esculturas no fueron ya sino obras bárbaras. Se cesó por completo de estudiar los rasgos de los modelos y, dejando a un lado la naturaleza, se limitó a la representación hierática de los individuos. Según F. Regnault³, los artistas antiguos llevaron el escrúpulo hasta copiar los defectos físicos de los personajes, comprendiendo el raquitismo y las deformaciones del cráneo. Pero Sesostris tenía demasiada vanidad para no hacerse modelar como «el más bello de los hombres», y los que contemplan sus rasgos soberbios esculpidos en la arenisca roja o en el granito, llegan a repetir que fué, en efecto, «el más bello»⁴. Por una singular ironía de la suerte, la momia de este fanfarrón ha sido conservada hasta nuestros días, y los visitantes que circulan por el museo de Giseh, pueden estudiar cómodamente la fisonomía de Sesostris desembarazada de su capa de brea, con su aspecto poco in-

¹ Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 40.

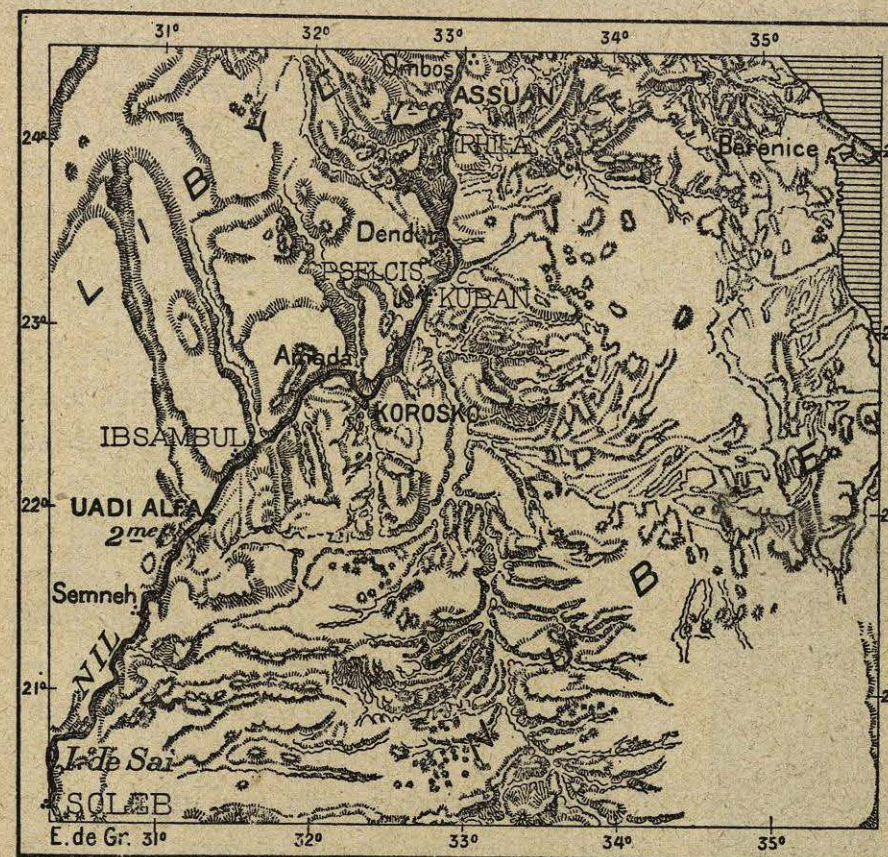
² Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.

³ *Bull. de la Soc. d'Anthrop. de Paris*. Sesión del 20 Diciembre 1894.

⁴ Amelia Edwards, *Two Thousand Miles up the Nile*.

teligente, ligeramente marcada de bestialidad, pero orgullosa, testaruda y de majestad soberana¹.

N.º 146. Desde el templo de Ombos al de Soleb



1: 5 000 000

0 100 200 400 Kil.

La mayor parte de las construcciones antiguas de esta región del Nilo, datan de la dinastía 18.^a En Ombos (Nubit, Kum, Umbu, sobre el mapa n.º 135) se ven los nombres de Amenhotep I y de Thutmos III; a Semneh, de Usertesen III (12.^a dinastía) y de Thutmos III; en Amada, Thutmos III hizo construir el templo de Ra; en Soleb, Thutmos III y Amenhotep III son glorificados.

En Ibsambul se halla el templo subterráneo de Ramsés II, cuyas estatuas colosales adornan la entrada; en Philae, Nectanebo (30.^a dinastía) es el más antiguo soberano cuyo nombre se encuentra, perteneciendo los templos sobre todo a la época de los Ptolomeos.

Los templos, los colosos, las pilastras, obeliscos y las esfinges son con las pirámides los únicos monumentos que nos ha dejado

¹ H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 172.